

CUATRO DÉCADAS DE UN CENTENARIO

JULIO M. MARANTE DÍAZ*

Cuando nos damos cuenta de que en un abrir y cerrar de ojos todo se ha convertido en memoria, escribir estas páginas con motivo del centenario de la Sociedad Deportiva Tenisca nos apasiona por lo que representa. Así, además de asumir su integridad histórica y la curiosidad que ésta despierta, nos permite recuperar recuerdos de nuestra infancia y primera juventud, y aunque es verdad que tiempo pasado no se repite, que los años que se fueron nunca más serán, podemos asumir sin ninguna reserva mental que un siglo después de su fundación la entidad merengue no tiene edad para el retiro, ni la tendrá nunca para jubilarse de su propia gloria.

HISTORIA DE UN SUEÑO

«Si quieres alcanzar algo, establece una meta
que dirija tus pensamientos, libere tu energía
e inspire tus esperanzas».
Andrew Carnegie

Carnegie fue un hombre que trabajó arduamente, se rodeó de las personas adecuadas y dejó el mundo mejor de lo que lo encontró. Todos los logros tienen su origen en una idea. Tal vez por eso, al celebrar este año el centenario de la S. D. Tenisca me acordé de él, de sus palabras: «el trabajo en equipo es el combustible que permite a la gente común alcanzar resultados poco comunes».

Atendiendo a la incuestionable afición que despertaba el juego de pelota en la plaza de San Fernando (o Las Explanadas) y su incidencia en un grupo de adolescentes, el 24 de diciembre de 1922, en las escalinatas de la plaza de San Francisco de Santa Cruz de La Palma, los jóvenes Antonio Pérez Castro, Juan Antonio Hernández Toledo, Blas Pérez Casañas, Sergio Arrocha Martín, Celestino Hernández Acosta, Nicolás Cabezola Perera, José Arrocha Rodríguez y Domingo Calero Labesse crean el Tenisca Club Balompié, por ello, junto a otros nombres, figuran entre los primeros «quijotes y sanchos» del fútbol

* Director de Radio Nacional de España en La Palma. Cronista oficial de Breña Baja.

insular. Existe constancia escrita de que fue el joven fundador Luis Rodríguez Hernández quien propuso «el nombre de la princesa awarita *Tenisca*» para el club. Denominación que quedaría definitivamente fijada a la historia deportiva de la isla. Días más tarde, atraídos por el nuevo proyecto, algunos componentes del Hispamer, conjunto que coexistía con Palma C. A., Támesis, Juventud o Marino..., se unen a la iniciativa tenisquista y consolidan la fusión entre ambos clubes. La plantilla es tan numerosa que, avanzado 1923, la nueva sociedad pone en liza a un nuevo equipo *Tenisca Reservas*. Por cierto, a la sombra de aquel impulso, y al espíritu romántico y generoso de unos pocos, surgen otras iniciativas no menos loables y aparecen nuevos equipos, España, Irún C. D., Benahoare, Niágara...y así, en el verano de aquel año, se empieza a jugar al fútbol en los terrenos de la familia Cosmelli-Sotomayor que, regentados por la Sociedad Bajamar Club, eran utilizados por el equipo del mismo nombre perteneciente al Real Nuevo Club de Santa Cruz de La Palma. El traslado de los partidos desde la plaza de San Fernando hasta Bajamar fue un momento crucial en la historia del balompié de nuestra isla.

En el campo de Bajamar se sembraron ilusiones, cristalizaron las ideas y se cosecharon admirables mañanas y tardes de fútbol. Momentos aurorales del deporte rey en La Palma. De ellos, y de la profunda huella que dejó en muchos de nosotros el viejo campo de Bajamar y del rincón que ocupa en nuestra memoria les hablaré más adelante, pues he de volver a las escalinatas y bancos de la plaza de San Francisco, lugar donde se realizaron las primeras reuniones del *Tenisca C. B.*, presididas por Domingo Pestana Lorenzo, hasta disponer de una sede en la planta baja del Casino que, por entonces, ocupaba el inmueble, número 13 de la calle Álvarez de Abreu, edificación destruida por un incendio. En dicho lugar se construiría años más tarde el antiguo Parador Nacional de Turismo, hoy dependencias del Cabildo de La Palma. El *Tenisca* pasaría posteriormente al lugar que le definiría como ningún otro: «el equipo de la Acera Ancha».

El erudito filósofo e historiador, ilustre hijo de La Palma, José Pérez Vidal (1907-1990), segundo presidente de la entidad, nos contó en alguna que otra entrevista lo que supuso «para los niños y jóvenes de la época jugar a los boliches o a la pelota, pero organizar un equipo de fútbol fue una tarea dura, que en muy poco tiempo se vio compensada». Los impulsores de aquella idea de crear un club balompédico en medio de dificultades reales, pero salvables todas ellas, recibieron un torbellino de sensaciones positivas generadas por jugadores y jóvenes dirigentes que, en muy poco tiempo, contagiaron sentimientos y voluntades hasta alcanzar el apoyo incondicional de casi dos centenares de socios y seguidores. Así, tras las situaciones de desánimo, que las hubo, vinieron las de optimismo; tras los instantes de abatimiento, también llegaría la esperanza. Todos los equipos tienen su infierno y su paraíso. «A veces los caminos suben, a veces los caminos bajan apaciguando las aguas y», como escribiera Cernuda, «encalmado huracanes». En el fútbol como en la vida, siempre ha sido así.

Cumplir un centenario significa haber superado con éxito el objetivo propuesto aquel 24 de diciembre de 1922. La argumentación, por obvia, resulta pueril, pero no lo es tanto si analizamos la trayectoria y hacemos un balance que reconozca y corrobore la magnitud de esta efeméride. Son tantos los hechos que duelen, y tantos los que alegran la singular y fecunda historia del *Tenisca*, que, aunque nuestra valoración de aquellos primeros años parezca fría y distante, se trata de la herencia que miles de palmeros han

recibido, acontecimientos que no se pueden olvidar y que si los analizamos debemos hacerlo entendiendo el ambiente sano del deporte de aquella época, lejos, muy lejos del mercantilismo de hoy en día. Eran otros tiempos.

PASIÓN EN LAS GRADAS

Según concluye un estudio realizado hace años por la Universidad de Coimbra, Portugal: «el fútbol despierta emociones, a veces irracionales, que cruzan la frontera entre el amor tribal y el fanatismo».

Cuando empezaba el nuevo milenio y, por tanto, el siglo xx había quedado atrás, la avenida exterior de entrada y salida de Santa Cruz de La Palma por el sur había mejorado notoriamente el tráfico en la zona, y había dejado por el margen naciente una playa y un espléndido paseo. Precisamente, recorriendo ese entorno de la costa de Breña Alta, camino de la *ciudad*, despertaron mi curiosidad unos escalones que sobresalían tras la muralla situada a la izquierda de la vía, eran los restos del graderío del viejo e histórico campo de Bajamar, desaparecido al ejecutar aquel proyecto de futuro. Entré, miré en derredor y me pareció estar ante algo sagrado: un pequeño recinto herido de muerte y condenado al olvido por la verdad del progreso. Allí me quedé un rato mirando aquel trozo de grada como un testimonio perdurable, como una expresión minimalista del histórico recinto, origen del balompié palmero. Pero recuerdo que, una vez dentro, la máxima del minimalismo «menos es más», se hizo añicos en mi cabeza. Allí, menos era menos, además de desolación y ruina. Eso sí, creí estar en un espacio rodeado de un encantamiento irrepetible, un vestigio del pasado que en la brevedad de mi memoria desentrañó por un instante esas vivencias que nunca envejecen. «Lógico pensé, en este pequeño rectángulo de tierra y en aquellos escalones de la grada norte yacen olvidados los sentimientos de cientos de aficionados que, conformando una masa entusiasta y vociferante, vivían el fútbol con pasión». Y me pareció ver a la gente puesta en pie, jaleando al Tenisca, aquel equipo que en la temporada 1964-1965 aprendimos de memoria: Álamo o Pedro Miguel, en la portería; Sergio, Carmelo o Ramón y Aroldo, en la defensa; Pepín y Feluco, en la medular; Francisquito, Reinaldo, Toño Brito, Fredy y Pepe Conde o René, en la delantera. Recordar sus nombres y revivir las gestas de aquel campeón de la Liga Regional y subcampeón de la Inter-Regional de Canarias, equivalía a hacerles un homenaje que iría más allá del tiempo. Un equipo que jugaba «bonito» con o sin balón, a ganar, siempre a ganar, lejos del rígido corsé de las tácticas preconcebidas. Sólido en defensa, creativo en la zona ancha, y suelto e imaginativo en ataque. La facilidad de Fredy como arquitecto del fútbol, sereno y clarividente para adueñarse del espacio, del balón y del juego; o la que poseía Feluco para interceptar y recuperar el balón, conducirlo y pasarlo, «para ser tal alto» —comentábamos— «es bastante bueno con los pies». ¡Qué facilidad tenían ambos para cambiar la orientación del juego y buscar situaciones más ventajosas para sus delanteros! ¡Y qué decir de éstos, de aquella velocidad que tenían para encontrar espacios y atacar la portería rival! Bien podríamos aplicar a aquel Tenisca las palabras que pronunciaría Johan Cruyff años más tarde: «jugar al fútbol es muy sencillo, pero jugar un fútbol sencillo es la cosa más difícil que hay».

Sentado en uno de los pocos escalones que quedaban del histórico recinto, la cruda realidad me conmueve... y me puede la nostalgia. Miro hacia al mar y oigo el ruido de

los coches al pasar por la nueva vía. Y pienso: «sí el futuro es digno de celebración por esta gran avenida, el campo de Bajamar, o lo que resta de él, guarda tantos secretos y tanta gloria en la liturgia dominical de nuestro fútbol, que bien merece una elegía». Pero las obras realizadas eran un hecho, y lo hecho, hecho está. No podemos dar marcha atrás a la historia, aunque nada nos impide ejercitar la imaginación, e ir llenando huecos en estos renglones. La celebración de este centenario es un buen motivo para airear algunas ideas, reflexiones e inquietudes que considero oportunas y clarificadoras y que expresaré con franqueza, seriedad y rigor. Como debe ser.

En una época reciente David Beckham dijo que «el fútbol no es un juego, es magia». Y magia me pareció, aquel día, oír a mi lado, sentado en los despojos de la grada norte del viejo Bajamar, el movimiento de las manos que aplauden, ver las cabezas que se agitan, y sorprenderme, iluso de mí, al escuchar las gargantas enronquecidas, porque acaba de marcar Pepe Conde un gol de chilena al C. D. Puerto Cruz. Un gol mágico, desde casi el borde del área y de espaldas a la portería. El exterior izquierdo merengue emulaba así el lance acrobático de Ramón Unzaga. Recuerdo que yo, un joven adolescente, estaba aquella tarde en el partido frotándome los ojos entre una multitud enardecida y, años después, aún me los froto al evocar la pericia imaginativa de Conde, y la plasmación estética de un gol inolvidable. Estoy seguro de que, en el cúmulo de la ensoñación, los aficionados *merengues* que estuvieron en Bajamar aquel día recuerdan ese momento e, incluso, hasta donde estaba sentado cada cual.

Nada existe que no tenga un antes... una historia coloreada de vivencias y emociones. Por eso, mi ensueño reside en este viejo campo de Bajamar en la década de los 90. Porque no quiero que mis palabras sean únicamente el homenaje a una fecha, a un cumpleaños... Eso es solo la excusa. Cien años dan para mucho y, en ellos, tienen cabida junto a los hechos deportivos una serie casi infinita de valores que han sido y son el reflejo fiel de un sentimiento. La S. D. Tenisca ha logrado ser un equipo depositario de simpatías y transmisor de ilusiones a lo largo de un azaroso camino, alcanzado grandes éxitos deportivos sin salirse de las normas que desde su fundación planteara. Un ejemplo vivo y claro de superación y de longeva supervivencia. Una historia escrita en sus propios genes desde 1922. Un proyecto abierto como un libro que se escribe a sí mismo, con renglones iluminados por el foco puntual de los triunfos y otros, algo torcidos por el desencanto de las derrotas que sirvieron de aprendizaje para retomar la senda deportiva con nuevos deseos y sueños prometedores. No hay luz sin sombra, ni placer sin disgusto, pero el Tenisca siempre supo pasar con señorío y altura de miras desde el lado oscuro de la frustración, como aquel descenso a Segunda Categoría acaecido en 1968, y del que se recuperó ascendiendo otra vez a primera sin perder un solo encuentro, hasta la otra vertiente del prestigio y del éxito al alcanzar, en 1979, la Tercera División Nacional, por entonces *categoría de bronce del fútbol español*. El triunfo que le dio el ascenso, 2-1 sobre el Puerto Cruz, superando un resultado adverso con goles de Blas Ramón y Bambiche, se contempla como uno de los grandes hitos vividos en el campo de Bajamar.

En este viejo recinto, el fútbol nos llenó gozosamente el ánimo, la gente vivía y respiraba este deporte: latidos acelerados, gritos desgarrados, lágrimas y risas... la alegría y la tristeza del momento. En sus gradas se confundían afición e hinchada, la segunda con su entusiasmo, sus cánticos y el ondear de sus banderas terminaría por contagiar a la primera

y, como siempre al acabar el partido, unas copas en «casa Barros» solucionaban casi todos los problemas y, entre un buen vaso y el mejor de los bocadillos, corrían parejos el orgullo de ganar y el desencanto por la derrota. Había, eso sí, que cuidar el vocabulario, puesto que en el descontento del perdedor hasta las palabras inocuas herían o hacían daño. Entre los aficionados, las expresiones atrevidas, las frases de doble filo eran captadas al vuelo y, en ocasiones, provocaban reacciones poco atinadas. Sin embargo, los jugadores que habían ganado convertían en sonrisa sus gestos de fatiga, y, camino de la caseta, se sentían héroes, se oían los «riqui-raca» y, con ellos, las victorias eran más expresivas y tenían un regusto de grandeza.

En Bajamar vivimos años de buen fútbol, de sueños imposibles, de jugadores geniales y generosos, que a veces extrañamos. De una rivalidad hecha de simetrías y contrapuntos, que tuvo momentos de una brillantez extrema. Ni el frío, ni la lluvia, ni el barro restaba un ápice la asistencia de los forofos esperando ver saltar al campo a aquellos ídolos cercanos. Percibíamos su llegada por el roce en el cemento de las suelas de sus botas con tacos resistentes preparados para no resbalar sobre la tierra y poder correr con soltura, luego llegarían las de marca y los balones de cuero y espuma sintéticos hechos en troquel, no como los de antes que eran de cuero duro y tenían costuras en la superficie, más tarde el de cuero curtido y después de colores, como el de polígonos negros y blancos empleado durante algunos años.

El mantenimiento de Bajamar se hacía con mimo. Rastrillado con regularidad; compactada, nivelada y regada su superficie, llegó a ser uno de los mejores campos de tierra de Canarias. No olvido unas palabras del entrenador de la U. D. Orotava, Antonio Sánchez, antes de un encuentro con el Tenisca: «lejos de Los Cuartos (un estadio dotado de césped), reconozco que sobre la tierra de Bajamar mi equipo juega tan a gusto como en casa. Me apetece pisar otra vez ese trocito de campo, vestigio de lo que un día fue». Me parece intuir a los jugadores cuando salen a jugar, tras un intenso masaje que dejaba un halo volátil a linimento «el bigotudo», el *mata-dolores* de la época. Un ungüento milagroso que acababa con los calambres y ponía a punto músculos y ligamentos. El aceite balsámico de nuestros padres y abuelos que era lo mejor que se hallaba en botica.

Dejo atrás los decadentes restos del antiguo campo de fútbol, miro al frente, y el mar, en calma, no impide que cambie el gesto al rememorar los temporales con viento sur y olas de varios metros que, superando la muralla, inundaban parte del recinto. Me detengo un momento, y pienso que por allí cerca deben de estar Pepe *el Cigarro* o Julián *Faca* (empleo estos apodosos con cariño porque así eran conocidos por todos), pendientes de localizar los balones que caen en la escollera. Es domingo y hay poco tráfico. Cruzo al otro lado y sigo el paseo hacia mi casa. Miro el reloj: 10.30 horas. He de darme prisa porque hoy es 15 de agosto, día de la Asunción, y debo asistir al partido amistoso del Tenisca ante la U. D. Las Palmas. No es un encuentro cualquiera. Después de jugar varias temporadas en el Estadio Insular de Miraflores, el equipo merengue estrena casa, se inaugura el estadio Virgen de las Nieves.

Una última mirada a Bajamar me permite recordar que el poeta Manuel González Plata resumió en cuatro versos el final de este campo de juego: «Por ti sentimos nostalgia, / nostalgia y melancolía. / Mueres viejo Bajamar / frente al faro y la bahía». En mi mente y en este pequeño espacio de cemento y tierra, se funden dos historias del fútbol palmero,

las dos pertenecen al pasado... De una, como aficionado y periodista, he sido testigo; la otra me la han contado, y, en buena medida, permanece escrita en los archivos: periódicos y documentos en los que noticias y hechos quedaron anclados para permitirnos contar como real lo que nunca vimos.

EL TENISCA DE LA PALABRA Y EL PAPEL

«La palabra no ha sido inventada para no decir lo que pensamos.
Para callar y ocultar se inventó, antes, el silencio».
Dante Panceri

A Pedro Cobiella: ...Y me dejé llevar por aquel hombre extrovertido y desinteresado, conversador sin tapujos, cuyo copioso prestigio profesional me influyó sobremedida. Fue un paradigma, un referente excepcional en mis comienzos.

Un periodista deportivo es un historiador sobre la marcha cuya principal preocupación ha de ser *decir y escribir* la verdad. Pero el historiador sabe que, en cualquier historia y a pesar del cotejo de datos, documentos y testimonios, la verdad suele ser escurridiza. De ahí que hayamos de bucear con certeza en medio de «falsas luces», haciendo, si fuera preciso, una enmienda ética, necesaria y prudente sobre la propia objetividad. Es la única manera de dar a conocer a la gente obnubilada por muchos bulos, «o el fanatismo de unos colores», la voz transparente y fundamentada que nos cuenta, con honestidad y rigor, aquello que pasó en otros tiempos. En esta profesión solemos decir que «con la verdad se vende menos, pero se gana más».

Aunque de «familia mensajerista», lejos de rivalidades, planteamientos maniqueos y «enfrentamientos poco sanos», siempre tuve un sentimiento de empatía por el Tenisca. Es cierto que todos tenemos el legítimo derecho de disponer libremente de nuestras adhesiones en vez de fomentar las rivalidades entre bandos, que en algunos lugares nos marcan. Vivir en Santa Cruz de La Palma y no ser del Tenisca o del Mensajero es como creer en el mito de un existir incompleto. Al menos desde los años 30 del pasado siglo, antes la tuvo con el Palma C. A., el equipo tenisquista mantiene con el Mensajero una particular historia de rivalidad. Y de esa rivalidad han participado y participan los clubes, los jugadores, las familias y las respectivas aficiones. Aquí, eres de la Gallera Guerra” o de la Gallera Nueva; del Tedote o del Candelaria (antes del Tedote o del Benahoare); del Tenisca o del Mensajero. Siempre es cosa de dos, aunque, de vez en cuando, nuestra rebeldía nos llevado a elegir un tercero. Hubo una época en la que los bailes del Circo de Marte rivalizaban con los del cine Avenida, y hasta en Navidad y semana santa fueron notorios los «piques» entre rondallas y cofradías de las dos parroquias principales. Hasta lejos de la urbe, en nuestra escuela unitaria, los chicos de San Antonio, en Breña Baja, formábamos dos equipos para jugar a la pelota, o practicar la lucha canaria durante el recreo, y lo hacíamos dependiendo de las simpatías que, por el Mensajero y el Tenisca, teníamos los alumnos. Claro que al existir un mayor número de incondicionales «rojinegros», a algunos niños nunca nos importó completar el grupo «merengue», casi siempre en minoría.

Con diez años, antes de ingresar en el instituto, disfruté de mis primeros partidos en el viejo Bajamar. La temporada 1959-1960 fue memorable para los blancos: campeonatos

provinciales de copa y liga, también los dos insulares y el llamado primer Trofeo Cervantes. Aquella temporada el Tenisca recibió el premio a la *deportividad* por su corrección en los campos de juego. Recuerdo que en aquel equipo jugaban, entre otros, Álamo, Ferocha, Simeón, Palmero, Pepín *la Perla*, Hidalgo, Sosó, Servando, Elías, Diores, Chachín, Jaubert, De las Casas y Fredy, este último, un joven que ya apuntaba buenas maneras. Aquella temporada memorable sus entrenadores fueron Pedro Cobiella y Rafael Cerezo. Pasados los años, me resulta curioso evocar aquel momento: Pedro Cobiella en el banquillo del Tenisca y yo, todavía un niño, en la grada. Paradojas de la vida. ¿Cómo iba a saber qué, pasados unos años, en la emisora de radio La Voz de la Isla de La Palma, Pedro sería mi maestro de locución y comunicación radiofónica? Para los locutores jóvenes, Cobiella era la cátedra: «un aprendizaje vivo de cómo utilizar la voz». Una frase de aliento suya hacía brillar el iris de nuestros sueños. Por eso, no puedo olvidar aquel partido S. D. Tenisca-U. D. Las Palmas en la Bajada de la Virgen de 1970, Pedro lo transmitía al alimón con Segundo Almeida, otro de los históricos de la radio en Canarias, y yo estaba allí haciendo mis pinitos sentado en medio de la historia. Para Pedro Cobiella no había deporte que despertara tanta pasión como el fútbol. Me explicaba que él había jugado, a principios de la década de los 50, en el equipo juvenil del Tenisca; y, tras contarlo como si fuera un secreto, soltaba una retahíla de nombres: Julepé, Cristóbal, Jaime, Cerezo; Servando, Falucho, Chirito, Miguel, Pasito, Bayoyo y Régulo (o *Chachín*) como le llamaban los amigos. «Los equipos buenos —añadió— son aquellos cuya alineación se repite de memoria. Aquel año, concluyó, ese era nuestro primer equipo».

¿Qué Pedro era simpatizante del Tenisca? Lo sabemos. Pero no es menos cierto que luego, como delegado insular de la Federación Tinerfeña de Fútbol, gestionó con abnegación y acierto este deporte, pues en situaciones complejas y momentos comprometidos por las rivalidades existentes no solo supo estar, sino que, posiblemente debido a su prestigio, mantuvo bien alta en el contexto regional la antorcha del fútbol palmero. En mi caso, como informador deportivo, me enseñó que no siempre, si se quiere ser honesto, se puede escribir al gusto de todos. Por eso, siempre procuré que mis comentarios, aun siendo duros, jamás fueran agresivos; opiniones constructivas dirigidas a mejorar el juego de nuestros equipos. Ciertamente que, al sustituir a Pedro Cobiella en nuestra emisora, pasé a hacer las crónicas de fútbol de la S. D. Tenisca, mientras que Ángel Rocha (*a. Angelino*) continuó con las del Mensajero. Por eso, no mienten aquellos que dicen que, si bien como aficionado asistía a los partidos del equipo rojinegro, informativamente siempre he estado más cerca de la S. D. Tenisca. No debemos olvidar que en la temporada 1976-1977 el equipo merengue es uno de los creadores de la Liga Canaria de Juveniles a la que se presta atención en todo el archipiélago y las emisoras que más tarde pasarían a formar Radio-Cadena Española (Radio Atlántico de Las Palmas, Radio Juventud de Canarias y La Voz de la Isla de La Palma) intentamos potenciarla desde el ámbito informativo. López, Mario, Gilberto, Nené, Miki, Servando, Manolo, Toño, Pepín, Ferocha, Vicente, Felín, Julio, Churruca, Toño y Óscar, con su entrenador Miguel Hernández Ventura, hicieron posible un sueño, que también era mi sueño, hacer periodismo deportivo de cantera. Así, el Tenisca estuvo presente en la palabra, a través de la radio, y en el papel, al acrecentar mi colaboración con los medios escritos.

De Pedro Cobiella aprendí que el periodista deportivo ha de saber en su conciencia que lo que escribe y cuenta es la verdad. En nuestro caso como locutores comentaristas

debemos hacerlo con tal fidelidad y precisión que el oyente pueda ser testigo del encuentro de fútbol que recreamos con la palabra. Atendiendo a esos buenos consejos procuré, en todo momento, estar por encima de una rivalidad que viví, pero que no siempre llegué a entender. En uno y otro club siempre han existido aficionados «forofos» que ávidos de victorias han sido capaces de desatar sus instintos reprimidos, comportamientos que, en el deporte, y el fútbol lo es, nunca fueron buenos. La rivalidad tiene un trasfondo social, económico y cultural en el que se nos educa para compararnos todo el tiempo con el otro. En el caso de Tenisca y Mensajero, dos equipos de una misma ciudad, esa rivalidad se convirtió, en ocasiones, en «una enemistad íntima», tan visceral, tan desmesurada, que llegó a salirse de los cauces de la deportividad y la sana competencia, y traspasar, incluso, los límites de la tolerancia y el respeto. Esto no quiere decir que, esa misma rivalidad, aun siendo generadora de envidias, resentimientos y polémicas, llevara a nuestros equipos a protagonizar disputas legendarias, únicamente comparables con los enfrentamientos entre el C. D. Tenerife y la U. D. Las Palmas, máximos rivales futbolísticos de nuestro archipiélago.

La Sociedad Deportiva Tenisca siempre ha celebrado sus aniversarios el 25 de diciembre, día de Navidad. Recuerdo que, en una época, lo hacía con un almuerzo, en el antiguo Parador Nacional de Turismo. Este tipo de actos eran una reafirmación de su propia historia y un compromiso para continuarla. Creo que solo asistí a uno, el de 1972 con motivo del cincuentenario. Luego, aunque siguieron invitándome, excusaba «la no asistencia» con una justificación razonada, el tradicional almuerzo navideño de mi familia. Pero de aquel cincuentenario, aunque distante, tengo un recuerdo remoto que, cuando lo absorbe mi mente, parece que fuera de un ayer cercano. El presidente, por entonces, era Agustín Benítez Lorenzo, y su vicepresidente, el abogado Pedro C. Acosta Lorenzo, también de grato recuerdo. Contaban en su directiva con personas muy conocidas entre la ciudadanía: Arturo Pérez Felipe, Juan de la Barreda Pérez, Miguel Oriol Mederos, Roberto Arozena Acosta, Miguel Hernández Ventura, Celestino Arrocha Brito, se había incorporado Félix Pérez Concepción (*Feluco*), tras el dejar el fútbol activo, y la sabia nueva representada, entre otros, por dos jóvenes amigos: Pablo González Pérez (*Pagonza*) y Blas Pérez y Pérez, una especie de embajador en La Laguna, que se encargaba de aglutinar al «estudiantado merengue» en los desplazamientos del Tenisca a Tenerife y, además, colaboraba en *Diario de avisos*, con crónicas deportivas que firmaba como *Peype*, acrónimo que le haría popular. Entre los que destacaban por su veteranía y porque, a las duras y a las maduras, siempre estuvieron «con y para» el Tenisca, recuerdo de forma entrañable a Blas Pérez Casañas y Mendizábal de Paz Felipe. Adolfo Campos Casañas no estaba en la directiva de aquel año, pero siempre fue un puntal para el club. Si durante estos almuerzos de aniversario tenías la suerte de sentarte cerca de algún socio fundador o de jugadores de los más antiguos, te revelaban curiosidades y anécdotas de antaño, siempre como contrapunto a hechos más recientes o, como alguno apuntaba, «a la forma de jugar de hoy en día». Luego, desde la mesa presidencial, llegarían los discursos en un clima de cordialidad, sosiego y entendimiento. Algunos de ellos, plenos de retórica, pero no exentos de contenido y, otros, cargados de sentimientos con el ánimo de conmover a los presentes, directos «al corazón de los merengues». A los postres, me fascinó saber que D. Blas había jugado al fútbol en el primer equipo del Tenisca C. B. «cuando sus colores eran azulgranas», según dijo. Esto se debió a la influencia de soldados catalanes

de la quinta de 1922, que cumplían su servicio militar en la isla. Pero me alucinó más aún, que entre él y su pariente Juan Francisco Pérez, compañero de los medios, «alma mater» durante muchos años de *Diario de avisos*, y que había sido secretario de la entidad, cuando ésta estuvo presidida por Manuel Hernández Castañeda, me recordaran con nombres y apellidos la relación de jugadores de aquel primer plantel. Así, supe que los hermanos Pérez Casañas, Isidoro, Blas y Félix vistieron dicha indumentaria, junto a Antonio Pérez Castro, que actuó como portero y José Fernández Hernández, «ese —apuntaba D. Blas— llegó del Hispamer, equipo que se fusionó con nosotros, jugaba de defensa zurdo. También se incorporaron Telesforo Rodríguez, Francisco Ferraz, Rafael Martín Rodríguez y Edmundo Rodríguez Toledo». El amigo y colega Juan Francisco, con ánimo de completar la lista, refirió que también los hermanos Arroyo, Rafael y Enrique, habían llegado del Hispamer, junto a Pedro Mendoza, Ismael Pérez, José Gómez Larrumbe, Teódulo Pérez y Domingo Calero Labesse, entre otros. D. Blas concluiría con otros tres nuevos nombres: «en aquel primer equipo también jugaron Luis Rodríguez Hernández, medio izquierdo —ese era el puesto de entonces—, Sergio Arrocha Martín, extremo derecho, y Juan Antonio Hernández Toledo, delantero centro». Son recuerdos que no se borran y personas que no se olvidan... Todavía, aquel año del cincuentenario, a muchos de ellos los podíamos ver transitando por las calles, eso sí, con andares lentos y lejos de las prisas de otros tiempos. Algunos más osados como D. Blas, estaban allí, en el antiguo Parador Nacional de Turismo, dispuestos a brindar con una última copa, deleitarse con el puro palmero anillado para conmemorar otro aniversario, y todos dispuestos a salir a la calle «—como Dios manda—, con sus seculares señas de identidad: la rosa blanca o el clavel blanco, en sus solapas». Vaya nuestra admiración y reconocimiento para cuantos presidentes y directivos, a lo largo de tantos años, se implicaron en la tarea de potenciar los éxitos deportivos del Tenisca, además de asumir su historia y preservar su legado.

EL NOMBRE DE MIGUEL

No escribimos para buscar sonrisas aprobatorias, aun siendo legítimas sus interpretaciones, la historia es irreversible. Pero, aparte de suponer un regocijo íntimo, hay momentos que, por su trascendencia, aceleran el corazón y nos permiten seguir soñando. Así, aprovechando que todavía tengo buena memoria para lo que importa, y haciendo uso del privilegio que supuso ser cronista deportivo durante muchos años, intentaré recuperar algunos hechos puntuales, que dan sentido a esta historia.

Siempre creí que a los equipos de fútbol debemos conocerlos por dentro, conversar con sus entrenadores y asistir a los entrenos siempre fueron aspectos esenciales en mi profesión. Así, conocí y traté como entrenadores merengues a Francisco Duque, Miguel Hernández Ventura, Olimpio Romero, Miguel González (a. *Fife*), Rosendo Hernández, Domingo Lorenzo, Tony Cruz, Quico Acosta, García Ayala, Pacuco Rosales y Álvaro Pérez, entre otros. Entrenadores de nivel y con buenos fundamentos, conocedores de la competición, de sus exigencias, y bastante claros a la hora de marcarse objetivos. Seguir de cerca un equipo te permite analizar su juego con criterio, y conocer en profundidad y de primera mano sus interioridades: si para un determinado partido eran necesarios marcajes férreos (al hombre) en defensa o mediocampo; si un jugador estaba en baja forma y

hacía falta mayor apoyo en su zona; si, ante una defensa cerrada, estaban obligados crear espacios para los delanteros; si algún jugador debía sumarse desde la defensa o ejercer la presión para contener la salida del rival... Asistir a los ensayos me permitía intuir como jugaría el equipo el fin de semana. Recuerdo que, en una ocasión, me invitaron a una cena organizada por el Colegio de Entrenadores, presidido entonces por Fernando Coba, a quien conocía de su etapa como entrenador del C. D. Puerto Cruz, alguien se sorprendió de mi presencia, pero Coba le cortó y zanjó el tema con una frase: «Marante es de los nuestros, hablamos el mismo lenguaje». Fue uno de los halagos más gratos que he recibido del mundo del fútbol.

Cuando el Tenisca, siendo presidente Álvaro Hernández Pérez, asciende a la Liga Nacional de Juveniles y, tras la U. D. Las Palmas, se proclama subcampeón de Canarias y se desplaza a la península a participar en competiciones nacionales, era su entrenador Miguel Hernández Ventura, que «había sido monaguillo antes que cura» o si lo prefieren «cocinero antes que fraile». Resulta innegable que aquel equipo poseía algo que estaba por encima de cualquier valoración que pudiéramos hacer. Nueve jugadores de su plantel tendrían continuidad en el primer equipo. López, Ferocha, Gilberto, Nené, Manolo, Felín, Toño, Mingo y Vicente completaron aquella temporada una plantilla en la que ya estaban jugadores como Pedrín, Santiago, Luis, Blas Ramón, Santana, Orihuela, Ramos, Jorge, José Adeldo y Bambiche. Un plantel renovado que, en la temporada 1978-1979, alcanza la *división de bronce del fútbol español*, tras ganar al C. D. Puerto Cruz, en Bajamar por 2-1, en un partido memorable.

El fútbol contiene una gran riqueza teórica, pero para llevarla a la práctica son necesarios fundamentos claros y precisos. Hernández Ventura se lo propuso: «trabajo y orden hasta encontrar las flaquezas del contrario» —decía—, y el Tenisca alcanzó un ritmo de juego intenso, pues además de defender bien, con solidez y mucha seriedad, lograría también una mayor profundidad en el ataque. A Miguel Hernández, como entrenador siempre le preocuparon dos cosas: cubrir con sus efectivos el máximo espacio en el rectángulo de juego, y lo solidarios que, en una compensación de esfuerzos, fueran sus jugadores. Por eso, le gustaba hablar con los más jóvenes de la importancia en la colocación, de las virtudes a desarrollar para asociarse durante el juego y de cómo desbordar al contrario, aunque no siempre se alcanzara el objetivo del gol. Respetando las debidas distancias y analizando épocas, hemos de reconocer que aquella etapa fue fructífera, sobre todo para la cantera, pues la sociedad merengue contó, incluso, con el Tenisca Atlético en Segunda Categoría Regional.

Nadie está en posesión de la verdad absoluta, pero, aun reconociéndolo, la grandeza de Miguel era patente a la hora de aportar soluciones, casi siempre con argumentos sólidos. Recuerdo mis conversaciones con él, primero como entrenador, después como presidente, le apreciaba y creo que me correspondía con su estima. En 1987, la marcha de Bajamar, escenario de sus grandes gestas, fue un exilio en el que los merengues rumiaron su amargura. Un hecho angustiante y traumático que los llevó a deambular por distintos campos de juego de la isla hasta que, mediada la temporada, a finales de febrero de 1988 el Cabildo Insular de La Palma le deja en uso el estadio de Miraflores, mientras construye su propio campo en los terrenos comprados en Mirca. A pesar de las aportaciones económicas de mucha gente y al esfuerzo de un grupo de entusiastas trabajando los fines

de semana para terminar las obras, aquel parecía el cuento de nunca acabar. Así, durante años y todavía con Álvaro Hernández de presidente, la S. D. Tenisca se movió en una lucha por hacer posible la coexistencia entre la obtención de buenos resultados y el deseo de supervivencia económica y social.

Consolidado en Miraflores, en la década de los 90, con la llegada de Tony Cruz Cárdenes al banquillo, y superando una serie de trabas burocráticas, crea su Escuela Insular de Fútbol. Una idea que terminaría por ser imitada en otros clubes de la isla. En la temporada 1993-1994, con Tony Cruz de entrenador, disputa la liguilla de ascenso a Segunda División B, pero al quedar en segundo puesto queda sin premio. Sin embargo, la temporada siguiente y producto del trabajo con la cantera, con Tony García Ayala de entrenador, su equipo juvenil juega la Liga Nacional Sub-19, mientras que en la 1996-1997 es otra vez la primera plantilla la que se proclama campeón de Liga de Tercera División, pero se queda a las puertas del ascenso a Segunda División B. Hemos de señalar que, a lo largo de su historia, el Tenisca ha disputado nueve promociones de ascenso a dicha categoría y, aunque no la haya alcanzado, su participación en ellas ha sido una demostración de su nivel.

Ese año, 1997, Miguel Hernández Ventura accede a la presidencia de la sociedad merengue, con Elías Galván Henríquez como vicepresidente. El persistente compromiso de ambos con el equipo de sus amores, les permite fraguar, con los pies en el suelo y sin levantar castillos en el aire, el mejor de los destinos. Poner fin a sus instalaciones privadas con un estadio principal dotado de césped natural, el Virgen de las Nieves, y un anexo donde la cadena de filiales dispute sus encuentros sobre césped artificial. ¿Un sueño? Dicen que aquellos que se llaman *Miguel* son hombres sumamente responsables, tanto a nivel personal como laboral; hombres que creen que todo esfuerzo tiene su recompensa y luchan por aquello que se proponen; hombres capaces de ensamblar voluntades para lograr un objetivo común. Para Miguel Hernández Ventura, la dedicación era un requisito esencial de la eficacia... Y así, se ganó a pulso la consideración de todos o, al menos, de una parte, importante de nuestra sociedad. Su empuje, a la hora de poner en marcha unas instalaciones que otros iniciaron para supervivencia y gloria del Tenisca, le convertiría en un auténtico mecenas del deporte. Hay verdades como puños. Una de ellas, que Miguel le dio al Tenisca con la inauguración, el año 2001, del Estadio Virgen de las Nieves de Mirca, una nueva e ilusionante dimensión. Lo que no es poca cosa. Por eso, no blasfemamos al decir, como los hebreos, que Miguel («Mi-ka-el») quiere decir 'quién como Él', una frase que el arcángel pronunció en alusión a Dios. No. Hernández Ventura no era Dios, pero muchos tenisquistas pueden decir sin blasfemar y refiriéndose «a su Miguel ¿Quién como él?».

